

GALANTERIA PARA CON «LA REVISTA»

Señor Julio Herrera y Reissig:

Le envío en contestación á su pedido de algunas líneas para LA REVISTA, un párrafo de una composición inédita.

Se trata en ella de una mujer que me encanta... única elegante de raza que existe entre nosotros, mujer cuyo porte señorial y cuya desenvoltura dan una idea acabada de lo que es el *gusto*.

A su lado las demás mujeres de Montevideo son todas mujeres de aldea, vestidas con falsa elegancia, pobres locas que me inspiran más lástima que risa, con sus sombreros rojos y sus capas largas hechas para las francesas...

Para que se explique Vd. el párrafo, que le mando, de esa composición en que canto á mi dama, al describirla y que no es más que los labios de la mujer, debo advertirle que aunque mi dama no usa ningún afeitado y tiene la boca naturalmente encendida, se le enciende aún más con carmín: capricho oriental de duquesa!

Yo observaba aquella pincelada de carmín, vivo exótico, como salido de entre las tintas calientes de un cuadro al óleo, pintado sobre un motivo de Turquía, igual al de las bocas de las bayaderas y, escondidas concubinas de serrallo; carmín que yo imaginaba llevado bajo la incandescencia blanca del sol, en las tierras donde los colores son supremos, por un mercader de Arabia, entre perfumes intensos, mezclado en la misma alforja al almizcle...

Entreveía á Lisette en su casa, vestida con un resplandeciente traje de mora,—bombachas, y en los diminutos piés de judía, pantuflas altas: parecida á Loti en alboroz, en su camarín de abordá...

Hacia y deshacia sobre su frente peinados raros; se la rodeaba como las Circasianas con una diadema de medallitas... Tenía cojines de terciopelo en que se acostaba desnuda sobre el pecho como una gata rampante... Espejos á ras del suelo le devolvían cien veces la imájen de sus caprichosas actitudes, con las que superaba en secreto á las Odaliscas, á las misteriosas esclavas que adormecían á los Sultanes en sus májicos brazos de favoritas... En el risueño desvarío de su imaginación, medida por las fábulas, oscilaba bajo sus piés el puente de los navios, y se sentía conducida en las literas de las reinas de Egipto... Su dueño era un pirata!... Y la tenía escondida en una isla desierta, junto con el botín y las preseas y maravillosos productos de las tierras saqueadas, entre peñascos y abismos, en fantásticas estancias repletas de oro, los tapices esplendorosos bajo las salpicadas pedrerías de trofeos de alfanjes....

Roberto de las Carreras.